¿Politicamente Imposible?

por Enrique Ghersi

(Editorialista de LA PRENSA)

Así como la "concertación" es el tópico recurrente de los fracasos, la manera más común con que los políticos pretenden exonerarse de responsabilidad consiste en argumentar que tal o cual medida constituye un imposible.

Con ello, se quiere decir que una alternativa no es práctica, que resulta de difícil realización, que causa temor o que no se encuentra cómo hacerla de general aceptación.

La aparente coherencia del argumento esconde su verdadera naturaleza de argucia. Se supone que basta invocar la imposibilidad política de algo para que inmediatamente resulte inválido, inconveniente o sólo fantasioso. La inconsistencia de semejante suposición cae por su propio peso.

Sostiene William Hutt que, si la política es la ciencia de lo posible, lo políticamente imposible implica una **contradictio in re**. No le falta razón, pues si se trata de utilizar la política para persuadir, para convencer, para gobernar con pragmatismo, reputar una alternativa como irrealizable no es más que reconocer un límite peligroso a la propia actividad política. Lo imposible no es lógico en la ciencia de lo posible, a menos que el estado actual de sus conocimientos sea abrumadoramente insatisfactorio.

Por ello, cuando se escucha a los responsables de la administración pública, a los voceros de los partidos o a los ideólogos más reputados admitir que una alternativa es razonable en teoría pero impracticable, no se puede más que sentir profunda desazón.

Carece de sustento la argumentación que cree coherente la retórica política. No hay motivos ni supuestos que permitan afirmar que algo es bueno en teoría, pero malo en la práctica. Residen en los más inquietos prejuicios de la mente humana, no en el análisis racional, los sustentos que conceden vigencia al polémico descarte de las propuestas.

Sin embargo, la invalidez no explica por qué el uso común de un recurso tan rupestre. Para encontrar explicaciones debemos atender más al fin que sirve el argumento que a su misma naturaleza, toda vez que los pretextos informan con mayor cabalidad sobre las características de la conducta política.

Hemos dicho en anteriores oportunidades que, por ejemplo, las ideologías del consenso, entre las cuales la "concertación" ocupa hoy lugar preponderante, persiguen repartir las responsabilidades gubernamentales del fracaso entre los demás sectores de la sociedad.

Como en ese caso, existe en la llamada imposibilidad política un juego profundo que explica su difusión en los más diferentes grupos políticos: rechazar el consejo especializado, principalmente económico, y conceder legitimidad a los diferentes mitos que predominan en la opinión corriente.

Sacrifica, para el efecto, todo rigor académico y rechaza prever las consecuencias remotas de una acción bajo el supuesto, advertido ya por Spencer, de que la política puede siempre someter a su designio todos los alcances de sus decisiones.

En ello reside la inopia de la ingeniería social. Al reputar una medida políticamente imposible, deposita su fe en uno de los más grandes equívocos del pensamiento contemporáneo: suponer que es factible engendrar un orden a imagen y semejanza de los propósitos políticos.

En sentido estricto, lo único políticamente imposible es derogar el principio rector del comportamiento económico. A saber, que el hombre tiende por naturaleza a hacer lo más barato y a evitar lo más caro.

3/7/88